

Pallina Grande

Convierte un aula en museo comunitario para registrar la memoria aymara.



Melina Valencia Achá

“Nuestros abuelos conocían la ciencia en su mente y corazón, no usaban reloj, pero tenían sus propias medidas de tiempo”, explica el profesor Basilio Cori Quispe a sus estudiantes dentro del aula que se convirtió en un museo comunitario y espacio educativo.

Son más de 300 reliquias que los comunarios donaron a la unidad educativa El Carmen, en la comunidad Pallina Grande, del municipio de Viacha, provincia Ingavi del departamento de La Paz, para crear el museo que denominaron Achachilanakasana Yanakapa (los objetos de mis abuelos).



Entre herramientas de trabajo agrícola, vasijas de barro, tejidos y vestimenta típica de los señorios aymaras se hallan algunos vestigios de la época colonial, como candelabros, ropa eclesiástica y un cuadro de la imagen de la Virgen del Carmen, patrona de Pallina Grande, que se encontraron enterrados en el templo de la comunidad.

Para el profesor, cada uno de los objetos es una herramienta de enseñanza y aprendizaje que se relaciona con el nuevo Modelo Educativo Sociocomunitario y Productivo del Estado Plurinacional de Bolivia.

El trabajo comunal le permitió a Basilio defender su proyecto en el Programa de Formación Complementaria para Maestros y Maestras (Profocom), por el que obtuvo 88 de nota, en 2016.



La comunidad Pallina Grande fue fundada el 2 de agosto de 1953, pertenece al municipio de Viacha, provincia Ingavi. Hace cuatro años se creó un museo comunitario y por su ubicación geográfica forma parte de la ruta del Qhapaq Ñan Bolivia.

1. El profesor de especialidad en primaria Basilio Cori y los 18 estudiantes que asisten a la unidad educativa El Carmen.
2. Las autoridades originarias recorren el museo comunitario.

Fotos: Carlos Barrios Guerra

Pero el museo también encontró un lugar en la ruta 1 (Desaguadero-Viacha) del Qhapaq Ñan, el sistema vial andino conocido como el Camino del Inca, declarado como Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, en 2014.

EL AULA DE LA CULTURA VIVA Y MODELO EDUCATIVO

Los ancestros se regían y se ubicaban en el tiempo a través de la chakana (Cruz del Sur), que todavía persiste y por el que se orientan para rituales de siembra, cosecha y producción. Sin embargo, después se introdujo el calendario anual, pero ambos forman parte de la vida de los pobladores. Esta temática forma parte de la clase de los estudiantes dentro del museo, donde aprenden a diferenciar y valorar la organización de la vida cotidiana con elementos modernos y ancestrales.

A través de los tejidos y animales disecados, los escolares también conocen la fauna de su región, como el añathuya (zorrino) y la tiwula (zorro).

“La tiwula avisa si habrá buena o mala cosecha. Si sus heces son blancas quiere decir que habrá buena producción, si es muy negro, el año será regular. Sus aullidos también predicen el clima”, relata en aymara el mallku Florencio Cori, de 63 años de edad, mientras el docente toma en sus manos los animales disecados que forman parte del museo.

“Si el zorrino se te aparece tres veces vas a morir, es para que te vayas de este mundo; si se cruza en tu camino te vas a enfermar o algo te va a pasar”, comenta la autoridad originaria, quien al igual que otras 15 acompaña las actividades educa-



3

La comunidad se encuentra a tres kilómetros de la ciudad de Viacha.



4



5

tivas también con las experiencias de la vida en comunidad y las que heredaron de sus ancestros.

Para las niñas y niños de inicial, en las paredes del aula están colgadas cartulinas y papelógrafos con sílabas que se utilizan en aymara y en español para articular oraciones y que aprendan a hablar en ambos idiomas. Por ejemplo, con el ta, ti, tu, de uso aymara, los menores conocen y escriben el mantiyu, un tejido de lana de llama y oveja con franjas blancas y negras, que era el símbolo del cargamento del varón indígena.

Aprenden a sumar, restar, dividir y multiplicar con los productos que siembran sus padres y que son parte de su alimentación.

El profesor tuvo que aprender e investigar cada una de las piezas que donaron los padres de familia y catalogarlas para los estudiantes desde que se creó el museo, en 2013.

En ese proceso recurrió a sus padres y abuelos, quienes todavía viven, además de los comunarios, para recuperar la historia de la comunidad, costumbres, experiencias y leyendas.

“Se ha comprobado que los aymaras eran robustos y altos porque descansaban y dormían en el pat’at’i”, comenta, y muestra una réplica de una cama de barro que está en una esquina del aula.

Antes no se conocían el catre ni el colchón, y según le contaron sus abuelos, la gente dormía en el pat’at’i y se cubría con el kurji (frazadas o mantas), elaborado de

pedazos de telas de llama o de oveja hasta lograr un grosor de 10 centímetros que cubra y tenga peso sobre el cuerpo.

“Es así que los antepasados no adolecían de enfermedades urinarias ni tampoco conocían el descaderamiento, ni dolor de huesos, dormíamos sobre la tierra caliente”, añade Basilio.

La base de barro incluye orificios en la parte inferior, donde se criaba a los cuis —especie de roedores también conocida como cuy— que en la noche generaban calor hacia la parte superior de la cama, como si “fueran estufas”.

VESTIGIOS DE PACAJES

Una de las primeras piezas que llegó al museo fue una tinaja de barro, que sirve para guardar líquidos, que una madre de familia heredó de sus abuelos.

El recipiente se destaca entre una decena de objetos de cerámica ubicados sobre una fila de mesas en el medio del salón, algunas pertenecieron al señorío aymara de los Pacajes; sin embargo, todavía no existe certificación arqueológica. Un plato de la época de los incas, que rescataron de una vivienda del lugar a varios metros de profundidad, también es parte de las reliquias.

Así como la cincha, un tejido de cuerdas que se le coloca al burro para que sostenga la carga y ésta no se balancee atrás ni adelante, tampoco a la izquierda ni a la derecha.

En cuatro años, el salón se convirtió en un refugio para los niños



6



7



8

3. El pat’at’i, una cama elaborada artesanalmente con barro.
 4. Cuadro de la imagen de la Virgen del Carmen.
 5. Campana de 1864 recuperada del templo de Pallina.
 6. El profesor muestra un zorro disecado.
 7. Clase sobre el uso de los tejidos.
 8. Los niños de inicial aprenden a sumar, restar y multiplicar usando la papa.
- Fotos: Carlos Barrios Guerra



no sólo para aprender, sino para divertirse y reflexionar. Cuando se aburren de pasar clases en el aula ecológica que implementó el profesor, piden trasladarse al museo o la sala científica.

“La nueva ley educativa incentiva a los maestros a ver de qué manera trabajar con los estudiantes, que la nueva generación recupere la identidad de nuestros abuelos”, dice Basilio, quien continúa enseñando hace 14 años en la escuela El Carmen de forma ininterrumpida.

En ese tiempo gestionó e implementó —con la voluntad de las autoridades originarias— un aula ecológica, una sala científica, una sala de computación, huertos, además de un auditorio para actos cívicos y expresiones teatrales.

La infraestructura es un complejo en miniatura en medio de una pampa, donde las vacas, las ovejas y los cultivos nativos adornan el contorno.

Los estudiantes sienten confort en la escuela, por ello hay niñas que prefieren caminar dos kilómetros para no perderse ni una clase. “El padre de una menor me comentó que su hija llora, no quiere cambiarse de unidad educativa, ella viene del distrito Laja”, relata el docente, considerado en la comunidad uno de los mejores profesionales que no sólo ha transformado la infraestructura educativa con pocos recur-



10

sos, sino también integrar a la comunidad en proyectos que hacen al desarrollo de la región.

“Estamos contentos, tenemos a nuestro lado al profesor Basilio, los niños están felices, tienen todas las comodidades”, asegura el mallku Florencio Cori.

Basilio tiene 34 años de servicio como docente, no le fue fácil llegar a Pallina Grande —que está a tres kilómetros de la ciudad de Viacha—, antes tuvo que trabajar en áreas más dispersas.

Nació en Pallina Laja (provincia Los Andes), comunidad vecina de Pallina Grande, Pallina Chico y Pallina Centro (provincia Ingavi). Antes la región de las pallinas era administrada por un español, quien distribuyó las tierras a cada uno de sus hijos.

El nombre fue castellanizado de la palabra parina (una especie de flamenco) que habita en el lugar y antes con mayor abundancia cuando la lluvia formaba lagunas.

“Mi mamá es de Ingavi y yo quiero de corazón a esta provincia. Amo a Viacha y pienso radicarme aquí”, expresa.

Este año, el Ministerio de Educación condecoró a la unidad educativa con el mérito Gran Oficial (medalla de diamante) por sus 79 años de creación que cumple el 22 de septiembre.

9. Los estudiantes pasan clases en el aula ecológica, donde existen pinos, árboles frutales y una variedad de flores.

10. Dentro del huerto, una niña cosecha lechuga.

11. Autoridades originarias observan los objetos donados por los padres de familia.

12. Clase de mediciones ancestrales.

13. Ingreso al museo comunitario de la unidad educativa El Carmen.

Fotos: Carlos Barrios Guerra



La unidad educativa El Carmen cumple 79 años de creación y por ello recibirá la medalla de diamante.

EL RESGUARDO PATRIMONIAL

Los representantes del museo comunitario Achachilanakasana Yanakapa, como parte de la ruta del Qhapaq Ñan, planifican con la Dirección de Patrimonio Cultural del Ministerio de Cultura un plan que fortalezca y consolide la red de museos comunitarios.

“Estamos trabajando en la identificación y registro de las piezas que se tiene en cada municipio”, señala la directora general de Patrimonio Cultural del Ministerio de Culturas, Leonor Cuevas.

Para Cuevas, las zonas se empoderaron y apropiaron de la riqueza cultural con la que cuentan, por lo que se organizan para ser los administradores y guías de los museos, como sucede en Pallina, donde la comunidad educativa y las organizaciones originarias coordinaron para hacer conocer su aula cultural.

Por el momento, las autoridades educativas y comunitarias de Pallina Grande solicitaron una nueva infraestructura para resguardar las piezas y evitar su deterioro.

“Estamos trabajando para organizar el museo. Hay un plan de acción con ellos (comunarios)”, asegura el coordina-

dor del Qapaq Ñan Bolivia, de la Dirección de Patrimonio Cultural, Juan Carlos Patón Flores.

Por ahora, el museo es un espacio educativo que todavía no está abierto al público, sólo a solicitud previa e interés de los que deseen conocer la experiencia cultural y educativa.

Se entiende como Patrimonio Cultural Boliviano al “conjunto de bienes culturales que como manifestación de la cultura representan el valor más importante en la conformación de la diversidad cultural del Estado Plurinacional y constituye un elemento clave para el desarrollo integral del país. Se compone por los significados y valores atribuidos a los bienes y expresiones culturales, inmateriales y materiales, por parte de las naciones y pueblos indígena originario campesinos, comunidades interculturales y afrobolivianas y las comunidades que se autodefinen como urbanas o rurales, migrantes, espirituales o de fe, transmitidos por herencia y establecidos colectivamente. Estos significados y valores forman parte de la expresión e identidad del Estado Plurinacional de Bolivia”, señala la Ley 530 de Patrimonio Cultural.



9

11

12

13